

## La adversidad

Procedo de una familia humilde y con estudios primarios únicamente, pero a los cuarenta y cuatro años me sentía una persona de éxito. Tenía como esposa a Pura, la mujer que amo, y dos hijas de cinco y doce años que iluminaban mis días. Con mucho esfuerzo habíamos conseguido liquidar la hipoteca de la primera vivienda y nos habían entregado, ese mismo verano, las llaves de un pequeño apartamento en la playa de Guardamar de la Safor tras firmar un nuevo préstamo del que estábamos seguros podríamos hacernos cargo. Cuatro años antes había renunciado a un buen empleo fijo en una compañía de distribución eléctrica para emprender la aventura empresarial de una editorial y poner en marcha un centro de empleo para personas discapacitadas. A pesar de las dificultades financieras habituales en los inicios de cualquier empresa, las dos funcionaban bien y no habían dejado de crecer desde su constitución. | 15

Me sentía por aquellos días un hombre fuerte y rebotante de salud. Capaz de realizar todo aquello que me propusiera. En la plenitud de la vida. Me producía mucha satisfacción superar los desafíos que se me presentaban y a los que

me entregaba como lecciones necesarias para el éxito. Compaginaba las muchas horas que la dirección de las dos empresas reclamaba con la vida familiar, y solía empezar la jornada sobre las cinco de la mañana para poder disponer de las últimas horas de la tarde. Estaba en mi naturaleza ser risueño y ligero de apegos y mi lema preferido era «Vive como si fueras inmortal, consciente de que eres efímero». Me ayudaba a idear proyectos de futuro sin levantar los pies del suelo.

Aquel verano mi mujer disfrutaba de vacaciones en agosto —que es cuando cierran la clínica donde trabaja—, pero a mí, las obligaciones con las empresas solo me permitían disponer de los últimos diez días del mes para deleitarme con la familia y estrenar el apartamento.

16 | Fueron unos días de goce. Las cosas siempre tienen cuando son nuevas un sentido especial que se va perdiendo con la regularidad: los colores parecen más brillantes, los sonidos quedan grabados en el recuerdo, nuestros sentidos están más receptivos... como si nos despojáramos de los filtros que nuestra personalidad imprime a los acontecimientos. El hecho de poseer un apartamento me llenaba de orgullo. Me gustaba sentarme a leer en la terraza con la vista serena del mar delante de mí. Las horas en la playa, la cual bastaba con cruzar la calle para alcanzarla. Los juegos de las niñas en el agua. Los paseos a primeras horas de la mañana con Pura. Las tardes relajadas en la piscina comunitaria. El descanso de la noche con la fresca brisa del mar entrando por la ventana del sur. Las cenas en la terraza de cualquier restaurante del paseo marítimo, con el sonido del oleaje bañado por la luna y el olor a yodo y salitre en el aire... Todo aderezaba la felicidad que sentíamos.

El 29 de agosto, último domingo del mes, me levanté como siempre, un poco antes que mi mujer para asearme y bajar a por el periódico antes de ir a caminar. Mientras me afeitaba, al estirar la cara hacia arriba para apurar el corte de la barba con la cuchilla a contrapelo, tosí levemente y noté un sabor ferroso en la boca. Escupí en el lavabo, y allí quedaron dos pequeños coágulos de sangre mezclados con el esputo. Me sorprendí sin asustarme. Tuve la sensación de

que era algo maligno, esperado; como si las cosas hubieran ido demasiado bien para alguien al que, como yo, la hubiese poseído en alquiler y se le hubiera terminado el contrato. En el fondo no me creía merecedor de tanto bienestar y bastaron aquellos pequeños hilos de sangre de camino al desagüe para recordarme la historia de infortunios de mi familia.

Esa misma mañana acudí a urgencias del hospital. Aunque Pura quiso acompañarme, le resté importancia a lo ocurrido y la convencí para que se quedara con las niñas en la playa. Tras varias pruebas me remitieron a casa. No tenía ningún dolor ni molestia física y la radiografía de los pulmones había salido bien. Creyeron tranquilizarme al decirme que lo más probable es que la sangre escupida procediera de alguna vena capilar que se había desgarrado con el esfuerzo de toser. No me convencieron.

Al día siguiente volví a vomitar sangre. Al ver en la taza del retrete la prueba irrefutable de que aquello era algo más que el desgarro de unos simples capilares venosos, me mareé y me entró un poco de pánico; una sensación de debilidad recorrió mi cuerpo de pies a cabeza, pero pronto la controlé.

Esa misma tarde ingresé en urgencias y, tras unas breves primeras exploraciones manuales por el médico de guardia, una analítica y unas horas de observación en el box, me trasladaron a una habitación de la quinta planta. Tardaron tres días en darme el diagnóstico, aunque mi familia lo supo un día antes que yo. No fui capaz de leer ni en sus rostros ni en su actitud la fatalidad que se avecinaba, y aun así, sin saber por qué, esperaba en mi interior algo grave. Quizás en esos momentos me engañaba a mí mismo imaginando lo peor, esperando aliviarme al comprobar que nada malo me ocurría; quizás me preparaba mentalmente para lo que siempre tememos al sincerarnos con nosotros mismos: descubrir la verdadera naturaleza de la vida, su fragilidad.

El médico, especialista en digestivo, me dio la noticia:

—Hemos comprobado que tiene usted un carcinoma en el tercio inferior del esófago —Lo dijo con cara de pena y voz débil, lo cual no ayudaba demasiado a encajarla.

El día anterior se lo había comunicado a bocajarro a mi mujer a la hora de la visita, justo antes de entrar en la habitación. Sola, mientras apoyaba la espalda en la pared del pasillo para no caer en el suelo, él le preguntó que cómo era yo de fuerte para resistir el golpe de la noticia. «Mucho más que nosotros», le respondió ella. Algunos médicos no están preparados para empatizar con los enfermos. En sus visitas a planta o en sus despachos de especialista tratan con las enfermedades, olvidándose del ser humano que las padece.

Cuando se fue, abrazado a mi mujer lloré un poco, sin estridencias; ella hacía ya varias horas que llevaba haciéndolo en silencio. Pero ni aquel día, ni nunca, le he visto el rostro sombrío ante mi presencia; siempre la dulce sonrisa que me serena y ayuda a seguir adelante.

—Con lo bien que estábamos... —repetía una y otra vez abrazado a ella.

18 | —Volveremos a estarlo —me contestaba—. Lucharemos y lo superaremos juntos.

Las horas siguientes fueron horas de sentimientos confusos, que afloraban de vez en cuando con el mismo brío con el que brolla el agua en los manantiales del río en otoño: rabia, desespero, rechazo de las pruebas, culpabilidad, apego a la vida que llevaba. Pensamientos que llenaban cualquier recodo de la mente y me impedían ocuparme de las actividades cotidianas. Había perdido la capacidad de dirigir mis pensamientos, secuestrados por unos nuevos y negativos que parecían haber llegado para quedarse conmigo largo tiempo. Entre todos ellos, quizás el más dañino y paralizante y que más tiempo me acompañó fue el deseo de volver a la normalidad perdida, la búsqueda del calor y la confianza del mundo al que pertenecía antes de aparecer la enfermedad. Un combate inútil que me impedía ocuparme de mi curación y del que sólo me liberé cuando me rendí a aceptar la situación. Por la noche, en silencio, pensaba en el punto donde se encontraba mi vida y me decía: «Nunca va a volver. Cuanto antes te des cuenta y te prepares para tu nueva vida, antes se pondrá en marcha tu cerebro para ayudarte».

Me consolaba comparando mi nuevo estado con la teoría de universos paralelos en la que entra en juego la existencia de varios mundos o realidades relativamente independientes. Esta noticia, esta desgracia, me había trasladado a un mundo paralelo en el que el escenario podría parecer el mismo, los personajes ser idénticos, pero en realidad, ni lo eran ni lo iban a ser jamás. Estaba convencido de que nada en este nuevo mundo volvería a ser igual. Mi pareja sería diferente, mi familia sería distinta, a mis amigos tendría que ir reconociéndolos otra vez, las relaciones sociales se verían afectadas y mi capacidad física nada tendría que ver. Todo a mi alrededor había cambiado súbitamente y, continuaría haciéndolo durante un tiempo de duración desconocida, dando lugar al mayor proceso de transformación al que me había visto sometido en mi vida. Adquirí el compromiso íntimo de aceptarlo y cambiar. De no aferrarme al recuerdo de un mundo que se apagaba, sino prepararme para uno nuevo que presagiaba dificultades y sufrimiento, pero que con toda seguridad contendría también alegrías, esperanza y amor. «AL FIN Y AL CABO, TODO ES VIDA», me decía intentando consolarme. Debía explorar el nuevo territorio.